

CAMPANARIO

Ángel Alberto García Rincón

Hace 125 años ya...

...que, desde este viejo campanario, erguido y presuntuoso; predominante sobre los tejados de la vieja Institución, siempre vigilante de los que van y vienen; de los que pasean por sus soleadas y ventiladas calles, observo el suave movimiento de las copas de los árboles, armoniosamente sincronizadas en una danza solo reservada para los pájaros que en ellas anidan, y que no son pocos.

Desde ahí veo y siento, mezclados entre los sonidos, las carreras de los niños que juegan a descubrir la vida, los murmullos de las gargantas que comparten los momentos de un encuentro sentido, en el que no sólo las palabras importan; importan los gestos, importan los abrazos, importan las caricias, el roce de los valores, de la ternura. Las sillas de ruedas y su pausado rodar, empujadas por corazones que acompañan, cuidan, velan y se desvelan..., se adueñan de unas calles en las que, muletas, andadores y bastones son los apoyos visibles, de las esperanzas invisibles.

Testigo inmutable soy, de los acontecimientos que, aun pasados tantos años, se siguen amontonando entre estos viejos ladrillos del centenario campanario que forjan mis recuerdos y una memoria que nunca formará parte del olvido.

Recordáis, queridas campanas, con qué ilusión y responsable determinación el Marqués y aquél fraile del hábito oscuro, se propusieron dar forma a este singular espacio, dedicado a cuidar a los enfermos, a las personas más vulnerables. Las veces que, desde aquel primer enfermo, Enrique Vázquez, has presenciado, tantas conversaciones inacabadas, tantas reflexiones lanzadas al viento, tantos susurros al oído de quien quisiera escuchar, y de quien no, también.

Porque hay palabras que no gusta oír, momentos que no se desean vivir, pero que vienen, que el viento y el tiempo traen, sin mirar a quien, simplemente un desgraciado azar caprichoso, que no atiende a credos, ni a condición social. También palabras de ánimo, de consuelo, de esperanza, susurros de calor humano, que acogen, que arropan y reconfortan, a quien las escucha y a quien las pronuncia, en un ejercicio de recíproca humanidad.

Esas palabras de ánimo, de apoyo incondicional, de esperanza de futuro, tangible o trascendente, conforman esta atmósfera que aquí se respira; un clima especial, para un lugar especial.

Escuchad, queridas campanas, tras el eco de vuestro tañido, la paz envolvente que abraza cada edificio, cada jardín, donde el tiempo pareciera detenerse para dejar paso a la memoria de tantas vidas que por aquí transcurrieron, como la propia historia, a la que estos ladrillos no pudieron escapar; de la que el sinsentido de la guerra también

formó parte, para dejar claras las intenciones de quienes dieron cumplido testimonio, hasta sus últimas consecuencias, y que hoy descansan formando parte de los pilares morales sobre los que se asienta un proyecto con pasado, en presente y de futuro. Y a ese futuro vamos, viejo campanario, de la mano de quienes siguen adelante con la “Misión” encomendada; Porque el dolor, el sufrimiento provocado por la enfermedad, tampoco tienen época. Nuevos tiempos, nuevas y diferentes enfermedades, que socavan incluso la razón y el entendimiento humanos. Nuevas técnicas, avances en los tratamientos; metodologías que se adaptan a las necesidades de las personas, para hacer su vida un poco mejor cada día.

Acompañando, como tú, a esas almas, hay otras almas, que han construido y construyen esta historia, de la mano, y codo con codo, en un rico mosaico de ideales, creencias y maneras de ser. Toda esa riqueza, al servicio de quienes más lo necesitan, de los más vulnerables, se aglutina en torno a un sentimiento, a una manera de entender a la persona y lo que significa su dignidad; con un código de valores como estandarte, y una “manera de hacer”, que el buen hacer, con estilo propio, hace especiales a esas almas, y especial su trabajo.

¡Ay, querido campanario!, tú que nos sostienes, sabes, como nosotras, de esas incontables historias de vida, que en su camino hacia el más allá, impregnan el frío e inerte metal que nos compone, y que transforma nuestro sonido en un cálido grito de esperanza cada vez que su eco resuena por cada rincón de los jardines, y que penetra por las puertas y ventanas de cada pabellón, como un discreto mensaje, que evoca, lo que evoca el sonido de una campana, una mezcla de emociones y recuerdos a quien la escucha. Llamada a no cejar en el empeño de mejorar, de seguir adelante; también llamada a la paz interior, al recogimiento..., o simplemente, ponerle tiempo al tiempo.

125 años de historias compartidas, de vidas compartidas; tantas y tantas personas que se impregnaron de lo que aquí se siente, de ese aroma de Hospitalidad que te acoge, te envuelve, te arropa y da calor en las frías noches de enfermedad y sufrimiento.

Ese calor lleva consigo un tratamiento especial, que unas almas especiales inoculan en los corazones, y les hace sentir, de manera especial, esas manos que les atienden.

Desde este campanario de las “piqueñas”, desde esta atalaya de esperanza, seguiré observando y sintiendo las vidas pasar, el tiempo pasar; esa esperanza que te aguarda en la entrada, para acompañarte hacia una nueva vida, la nueva vida que comienza aquí, cada nuevo día.